

Mirador

La vida es tránsito

CÉSAR GUERRERO



Si algo nos gusta especialmente de Manuel Álvarez Bravo que lo distingue de los talentosos fotógrafos de su época, es su capacidad de sugerir interpretaciones cercanas al surrealismo con los títulos que asignaba a algunas de sus fotografías. *Los sueños han de creerse* (1966) nos muestra a un perro callejero durmiendo plácidamente junto a un muro. *Y por las noches, gemía* (1945) retrata el tronco de un árbol convertido en un desproporcionado y siniestro muñón a la vera de una milpa.

Todavía más conocidas entre las tomas que pertenecen a este conjunto son *La buena fama durmiendo* (1938-1939), desnudo femenino parcialmente vendado, recostado en un patio y rodeado de tunas que lo adornan, o *Retrato de lo eterno* (1935), en que una mujer de larga y abundante cabellera, sentada en una silla, se mira al espejo mientras se alisa el cabello. Imagen enigmática de por sí, pues tan sólo la punta del rostro, la mano que sostiene el espejo y las rodillas son iluminados por una nítida columna de luz que se cuelga por el techo, mientras el resto del cuerpo se confunde con la penumbra de la habitación.

Estos cuatro ejemplos tienen en común que el autor, al nombrar sus imágenes, desea provocarnos intriga, sembrar una o varias dudas. ¿Entendemos el sentido que quiso darles? ¿Lo descifraremos alguna vez? La imagen, su título o ambos en conjunto se convierten en un acertijo, un enigma, un juego entre el fotógrafo y el espectador.

Por atractivo que resulte este ejercicio, Álvarez Bravo no lo practicó con frecuencia. Existe otro conjunto de instantáneas que merecieron un simple registro de lo obvio al ser nombradas, pues describen lo que se ve en la foto (*Ángeles en camión*, *Maniquí tapado*, *Dos pares de piernas*), o bien el registro del lugar y/o el momento de lo que vemos (*Fin de tianguis*, *Yalalac*; *Entierro en Metepec*; *Obrero en huelga*, *asesinado*). Es en este conjunto de imágenes que encontré la que, de to-

das las que he podido mirar y disfrutar, más me gusta de Álvarez Bravo: *Bicicletas en domingo* (1966).

En principio es una imagen simple en varios sentidos. Gráficamente hablando, el escenario es un llano polvoroso y yermo, con unos cerros grisáceos al fondo, bajo un cielo sin nubes. Los personajes son cuatro ciclistas, vestidos en forma muy similar: todos llevan un pantalón oscuro y usan sombrero. No es una imagen construida artificialmente sino capturada al paso, que congela una actividad cotidiana con la que el fotógrafo se encontró de manera circunstancial. Así lo indica su título: *Bicicletas* (lo que de hecho vemos) *en domingo* (una referencia que no se puede mirar en la foto). Sabemos el año (1966), que en realidad dice poco pues lo que miramos en la imagen (las bicicletas y el atuendo de los sujetos) también podría fecharse en los años cuarenta, los cincuenta o inclusive los ochenta del siglo XX.

Sin embargo, esta fotografía no es tan simple.

El paisaje es atemporal. Si prescindimos un momento de los ciclistas, en él no se mira ninguna huella humana. No hay casas, sembradíos, cercas, veredas. Los ciclistas no siguen la traza de ningún camino. El llano que atraviesan es estéril, virgen. ¿Qué clase de lugar es ése? ¿Adónde irán? ¿De dónde vienen? ¿Por qué? ¿Cuánto más les falta? ¿Llegarán? Los cuatro hombres llevan un hato y algunos palos montados en sus bicicletas. ¿Viveres? ¿Instrumentos de trabajo? Su acción y el marco de su acción nos son desconocidos. Lo que está claro en todo caso es que son hombres en tránsito. Están en movimiento, con el cuerpo echado hacia delante, y pedalean decididos hacia un destino común, cualquiera que éste sea, por lejos o cerca que pueda encontrarse, en medio de un paisaje desolado. Se acompañan.

Hay en esta foto los elementos suficientes para una alegoría. Cada uno de esos hombres representa al individuo, al hombre en tránsito. Pero no al individuo



Manuel Álvarez Bravo, *Bicicletas en domingo*, 1966.

aislado sino en grupo (¿cómo entender al hombre sin el grupo?). Más aun, si cambiamos la escala, ese grupo representa ya no al hombre sino a la humanidad, resumida en cuatro de sus individuos que viajan, transitan, en medio del paisaje immaculado y misterioso. ¿Acaso la humanidad y el planeta que ésta habita no equivalen a cuatro sujetos aislados en medio de ese paisaje desamparado e inconmensurable? Si regresamos a lo individual para identificarnos con alguno de ellos, nos percatamos de que realmente nosotros mismos tampoco sabemos o entendemos del todo de dónde venimos, hasta dónde iremos, si llegaremos adonde queremos ir.

En “Prueba”, un breve poema incluido en *Ladera Este* (1962–1968), pareciera que Octavio Paz miró esta imagen y sintetizó lo que en ella veía: “Si el hombre es polvo / esos que andan por el llano / son hombres”. Aparecen entonces dos elementos más que se sobreponen a los anteriores: el anonimato y lo percedero. No sólo la identidad de estos ciclistas en tránsito nos es desconocida, sino que su dimensión es muy pequeña respecto de lo que les rodea, su sombra es breve y su huella indistinguible: el llano no los registra. En esta imagen el camino de los ciclistas no existe más que en su mente. Las guías de su destino están únicamente en la frágil memoria propia y la de sus congéneres.

Lo que trae a cuento otro poema semejante, pero de Miguel Hernández: “Escribí en el arenal / los tres nombres de la vida / vida, muerte, amor. / Una ráfaga de mar / tantas claras veces ida / vino y los borró”.

Breves, ambos poemas se comparan a esta imagen en su aparente sencillez, salvo por el hecho de que se refieren a cuestiones trascendentales, permanentes, en la vida humana: nuestra verdadera dimensión, nuestro limitado, pasajero alcance frente a la envergadura del tiempo y el universo que nos contienen y sustentan. Porque materialmente el mundo nos es inabarcable y misterioso, como lo es nuestro tránsito por él. ~